

La flauta mística

Durante siglos los reinos de Nortana y Surasta han estado enfrentados sin que ninguno llegara a imponerse sobre el otro. Numerosas guerras tuvieron lugar entre ambos, pero en estos tiempos ambos demostraban poseer igual poder y esplendor. Sin embargo, hacía dos años los ambiciosos nortanos nos atacaron, pero se equivocaron al creer que nos doblegarían, subestimaron la fuerza de los surastenses.

En la batalla de Bequela Otoño, al comienzo de la guerra, los nortanos lograron conquistar una ancha franja de territorio surastense. Pero en la batalla de Bequela Primavera lo recuperamos. A lo largo del conflicto ha habido un equilibrio de fuerzas entre ambos reinos, Nortana ganó batallas como la de Cipe y Golía, mientras que Surasta ganó en Ricada y Cuarin.

Las espadas se cruzaban, los arqueros tensaban sus cuerdas, ambos ejércitos estaban muy igualados y no estaban dispuestos a dejar que el otro avanzase ni un palmo. La guerra prometía alargarse muchos años más y es por ello que partí en esta misión, para que la balanza se inclinase a nuestro favor.

Me llamo Gabriela y era mi deber encontrar la flauta mística, un arma mágica capaz de darnos la victoria sobre los nortanos. Según las leyendas, quien la toque tendrá control sobre los cuatro elementos, el ejército nortano no tendría nada que hacer frente a la tierra, el aire, el agua y el fuego. Se encontraba oculta en alguna parte de las montañas de Heslia, al este, pero yo la encontraría y se la entregaría a nuestro rey Guillermo.

Me preparé para la misión y con mi cabello marrón oscuro recogido en una coleta y ropa cómoda de algodón monté sobre mi corcel blanco llamado Lunaria y partí hacia el este. Avanzamos a buen ritmo sin demasiados contratiempos. En cierta ocasión nos asaltó un grupo de ladrones, pero Lunaria y yo les enseñamos que no estábamos tan indefensas como creían, después de vencerlos, los dejé atados confiando en que alguien los encontrase y entregase a las autoridades puesto que mi misión era demasiado urgente para entretenernos. También tuvimos un desagradable encuentro con una manada de lobos salvajes, pero conseguimos escapar.

Aquel día me levanté con la salida del sol como todos los anteriores. Al salir de la habitación de la posada en la que había hecho noche me crucé con un joven en el pasillo. Intercambiaron un saludo antes de que yo descendiera las escaleras para comunicarle al hostelero mi partida. Después, fui a los establos donde el encargado me abrió la puerta de la cuadra de mi yegua. Tiré de sus riendas y ella relinchó mirando al majestuoso caballo negro de la cuadra adyacente, como si se despidieran. Una vez hube comprado en el pueblo los víveres necesarios para proseguir mi viaje, pudimos retomar la marcha hacia el este.

Llegada la tarde ya habíamos recorrido una buena distancia y nos habíamos adentrado en el bosque del ogro. Los locales lo habían llamado así por la superstición de que en él vivía un gran ogro que se alimentaba de carne humana, pero el bosque era demasiado grande para

rodearlo, así que si quería llegar cuanto antes a las montañas de Heslia debía atravesarlo. Confié en que aquellos rumores del ogro no fueran más que cuentos, después de todo, pocas veces son las habladurías ciertas.

Fuimos despacio por los retorcidos senderos que avanzaban entre los siniestros pinos, cuyas ramas crujían con las corrientes de aire que soplaban ocasionalmente helando la sangre. A medida que el sol descendía la visibilidad era cada vez menor, y las sombras se cernían amenazantes sobre nosotras. Tragué saliva y pensé en cuánto quedaría para salir del bosque. Era evidente que no saldríamos antes de que anocheciera, pero no estaba dispuesta a hacer noche en ese lugar, seguiría avanzando hasta que lo dejáramos atrás.

De pronto el suelo bajo los cascos de Lunaria cedió y las hojas del camino cayeron dejando ver un gran hoyo en el que nos precipitamos sin remedio. No pude evitar dejar escapar un grito por la impresión.

—Lunaria, ¿estás bien? —le pregunté preocupada a mi yegua.

Ella relinchó y movió la cabeza asintiendo mostrándome que no se había hecho demasiado daño con la caída.

Miré a mi alrededor pensando quién habría hecho aquella trampa y, sobre todo, cómo salir de ella. Despacio puse mis pies sobre la montura y me enderezé con cuidado hasta estar de pie sobre Lunaria. El agujero era profundo y mis ojos llegaban justo a la altura del borde del hoyo sin dejarme ver apenas.

Entonces me preparé para saltar y me lancé hacia el borde del agujero. Me aferré con fuerza con los brazos al borde para intentar salir, mientras trataba de que mis pies no resbalaran y terminara cayendo de nuevo al hoyo. Cogí con fuerza puñados de hierba para sujetarme y entonces me fijé en que había alguien delante de mí.

Vi unas botas oscuras y una mano clara que se me tendía. La tomé sin pensarlo y dejé que me ayudara a salir. Al pisar de nuevo el suelo no pude evitar tambalearme y caer sobre el robusto pecho del joven que me había ayudado.

No tardé en enderezarme y recobrar la compostura, entonces me fijé en su rostro. Tenía unos hermosos ojos azules y una linda sonrisa, y su cabello oscuro se veía sedoso. Era el mismo joven, de unos veintipocos como yo, con el que me había cruzado en la posada aquella mañana. A su lado estaba el que supuse su caballo, de color negro como el azabache y elegante porte, parecía ser el mismo que vi en los establos junto a Lunaria.

—¿Estáis bien? —me preguntó gentilmente.

—Sí, muchas gracias por vuestra ayuda, aunque todavía tengo que sacar a mi caballo de ahí —respondí.

—Tengo una cuerda que podríamos usar —ofreció.

—¡Eso sería fantástico!

Sacó una gruesa soga de sus alforjas y ató un extremo a la silla de su caballo. El otro me lo dio a mí que tuve que descender de nuevo al hoyo para atar bien a Lunaria alrededor de su grupa. Cuando salí del agujero, esta vez más fácilmente gracias a la cuerda, el joven dio la orden a su caballo de empezar a tirar. Nosotros también tratamos de tirar de la cuerda para ayudarlo y poco a poco con esfuerzo logramos alzar a mi yegua. En cuanto pudo, Lunaria apoyó sus cascos en el borde del hoyo y después ya no tardamos en terminar de sacarla.

—Muchas gracias —dije, intentando recobrar el aliento—. Lunaria también os lo agradece.

Ella relinchó detrás de mí agradecida y el caballo del joven le respondió amistosamente.

—El mérito es sobre todo de Eclipso —respondió señalando su corcel.

—No sabréis por casualidad quién puso aquí esta trampa, ¿no? —le pregunté.

—No tengo idea y tampoco esperaba encontrar aquí a nadie dados los rumores sobre el ogro.

—Yo tampoco esperaba encontrarme con nadie, ¿de dónde sois?

—Vengo de lejos, me dirijo hacia el este y en el camino he tenido que atravesar este bosque. Entonces oí vuestro grito y me acerqué enseguida para ver qué ocurría.

—Yo también me dirijo al este, y nuevamente, muchas gracias por vuestra ayuda.

Por un momento pensé en pedirle que me acompañara por el bosque del ogro dado que ambos íbamos en la misma dirección, pero fuimos interrumpidos por unos pesados pasos que se aproximaban a nosotros.

—¿Qué es eso? —pregunté asustada, sin duda era algo grande.

Entonces partió un árbol por la mitad una gruesa mano verde y apareció un enorme ogro de tres metros de altura con colmillos de medio metro e intimidantes ojos ambarinos. Nos sonrió como quien mira un delicioso plato de carne y avanzó hacia nosotros con las manos extendidas.

—¡El ogro es real! —exclamé al tiempo que desenvainaba mi espada.

A mi lado él también desenvainó la suya para hacer frente al ogro. Mientras, nuestros caballos relinchaban y bufaban asustados. Corré para asestarle un golpe en su palma extendida para agarrarnos, pero su piel era dura y apenas le hice un ligero corte superficial. El ogro me empujó con fuerza haciéndome rodar por el suelo.

El chico lanzó un espadazo contra su pecho y después se escurrió entre sus gruesas y cortas piernas. El ogro gruñó furioso, pero tan solo tenía una pequeña marca de la espada. Lanzó varios puñetazos al aire que el joven esquivó en su mayoría, pero el último lo golpeó y

lo lanzó contra el tronco de un árbol. Mientras tanto, había estado observando al ogro, su piel verde era dura, pero debía de tener un punto débil y entonces se me ocurrió cómo vencerlo.

Me puse de pie y corrí hacia el ogro. Él me lanzó un puñetazo, pero lo esperaba, salté con todas mis fuerzas sobre su brazo y corrí para llegar hasta su hombro. El ogro trató de sacudirse, pero yo clavé mi espada con fuerza en su cuello, a pesar de que no se hincó con demasiada profundidad, bastó para sujetarme sobre él. Cuando dejó de sacudirse pude trepar sobre su cabeza calva, entonces vi cómo alzaba su puño para golpearme. Saqué mi espada y salté en el momento justo antes de que el puño del ogro impactara sobre su cabeza con la suficiente fuerza como para derrumbarlo contra el suelo.

Tras comprobar que el ogro había quedado inconsciente fui a ver cómo estaba el chico. Se puso en pie con dificultad cogiéndose con la mano en el costado.

—Lo habéis tumbado —comentó asombrado, pero con el rostro lleno de dolor.

—¿Estáis bien? —le pregunté angustiada.

—Me duele bastante, pero estaré bien, debemos alejarnos de aquí antes de que recobre el conocimiento.

Corrimos junto a nuestros caballos, yo me alcé ágilmente sobre Lunaria, pero a él le costó trabajo subir a la silla de su corcel Eclipso. Cuando los dos estuvimos listos, espoleamos a nuestros respectivos caballos para salir al galope del bosque del ogro. Unos minutos después, oímos el furioso rugido del ogro a nuestras espaldas, pero confiamos en poder sacarle suficiente ventaja y escapar del bosque antes de que nos volviera a encontrar.

Logramos salir del bosque cuando el sol empezaba a asomar por el horizonte, pero no fue hasta un par de horas después cuando nos detuvimos para descansar, habiéndonos asegurado de dejar atrás al ogro. Al descender de su corcel, mi nuevo amigo no pudo evitar caer al suelo, entonces corrí para ayudarlo.

—¿Os duele mucho? —le pregunté angustiada mientras le ayudaba a reclinarse contra una roca.

—Pues, bueno... creo que me he roto alguna costilla —respondió dolorido.

—Esperad, iré a por algunas vendas, quitaos la camisa —le dije mientras iba a mis alforjas.

Cuando llegué de nuevo junto a él ya se había quitado su chaqueta y su camisa dejando a la luz un torso bien entrenado y con algunas cicatrices, destacando una en el costado, posible resultado de una herida de espada. También tenía la zona del costado cercana a las costillas amoratada. Empecé a enrollar con cuidado la venda alrededor de su torso, deseando que en unas semanas pudiera estar ya bien.

—Muchas gracias, os debo una —me dijo.

—Dejémoslo en empate, vos también me ayudasteis a mí, quizá de no ser por haberos parado a ayudarme no os habría encontrado el ogro —respondí.

—Sois una gran luchadora.

—Gracias —dije sonrojada.

—Me llamo Eloy por cierto, ¿y vos?

—Gabriela.

—Gabriela —repitió—. Ese nombre me resulta familiar, pero no recuerdo ahora de dónde.

—Supongo que habrá muchas más Gabrielas en el mundo —respondí arrepintiéndome de no haberle dado un nombre falso, siendo un hombre al que acababa de conocer era mejor no darle detalles sobre mí o mi misión. No tardé en decir para cambiar de tema—: Entonces, ¿vos también os dirigís al este? ¿A dónde vais?

—Me temo que no puedo daros los detalles, solo puedo decir que tengo una misión muy importante que me conduce hacia el este. ¿Y vos? ¿Cuál es vuestro motivo para ir al este?

—Lo siento, pero yo tampoco puedo decíroslo.

—Estamos igual, entonces —me dijo con una sonrisa, y yo le sonreí también.

Descansamos un poco y al cabo de un rato, Eloy tomó la palabra:

—Creo que debería ponerme en camino ya.

—¿Estáis seguro? ¿Podréis con vuestra herida? —le dije preocupada.

—Me temo que no puedo permitirme retrasos —respondió.

—¿Qué os parecería si fuésemos juntos? Los dos vamos al este, hay una parte del camino en la que coincidimos, y así podríamos ayudarnos mutuamente —propuse.

—¿Estáis segura? Podría retrasaros.

—No os dejaré solo estando malherido —afirmé.

—Muchas gracias —me dijo con una sonrisa sincera que me cautivó.

Tras descansar un poco más nos pusimos en marcha, rumbo hacia donde sale el sol.

—Por cierto, si vamos a viajar juntos quizá podríamos tutearnos, si os parece bien —me propuso.

—Por mí no hay inconveniente —dije sonriente.

Así empezó nuestra aventura juntos, enfrentando el peligro y conociéndonos poco a poco.

—La verdad es que no conozco a muchas mujeres guerreras, ¿dónde aprendiste a luchar así? —me preguntó Eloy una vez.

—Pues aprendí entrenándome con mis hermanos mayores —respondí—. ¿Tú tienes hermanos?

—Uno, mayor.

—Entonces los dos somos hermanos pequeños —comenté sonriente.

Él me devolvió la sonrisa, era tan clara que me cortaba la respiración.

—No he podido evitar fijarme en que tenéis algunas cicatrices, ¿habéis luchado mucho antes de estar aquí? —le pregunté otro día.

—Así es, soy un guerrero que lucha por su reino —respondió.

—¿Y cómo es que vuestro camino os conduce al este? —le pregunté, él hizo una mueca sin saber qué responder, pero entonces intervine yo arrepentida por mi pregunta— ¡Perdón! Sé que habíamos acordado no hablar de eso.

Como ninguno de los dos estaba dispuesto a revelar información sobre su misión secreta acordamos no hacernos preguntas al respecto. Aun así, terminamos por confesarnos nuestro destino y resultó que ambos nos dirigíamos a las montañas de Heslia. Era curioso, pero confié en que nuestras respectivas misiones no estuvieran relacionadas y fuera solo una coincidencia, después de todo aquellas montañas son grandes y seguro que había más cosas aparte de la flauta mística.

Su compañía hacía más ameno el viaje, y en unas pocas semanas nos convertimos en un gran equipo como si nos conociéramos de toda la vida. Juntos hicimos frente a un oso furioso y a un feroz vendaval. Sin embargo, nuestro mayor reto fue luchar contra un enjambre de goblins despiadados.

Hacía algo más de un mes desde que nos conocíamos, y habíamos hecho noche en la aldea de Terinsor, la última antes de llegar a las montañas. Las costillas de Eloy parecían sanar adecuadamente y ya solo le dolían cuando tenía que hacer algún esfuerzo. Fuimos a la pequeña posada de la aldea donde pedimos un par de habitaciones.

—Me temo que no tenemos demasiadas y solo nos queda una —respondió con voz rasposa la anciana encargada.

—De acuerdo, pues dénosla —le dije tras intercambiar una mirada con Eloy.

Ambos habíamos compartido fogata, de modo que compartir cuatro paredes no sería un problema. Subimos por las chirriantes escaleras hasta nuestra modesta habitación con poco más que una mesita, un arcón y un camastro viejo.

—Bien, extenderé mis mantas y tú te quedarás la cama —me dijo Eloy.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto, no sería un caballero si no lo hiciera —me dijo sonriendo.

Cuando el sol se estaba poniendo, él desplegó sus mantas en el suelo y yo me senté sobre la paja de la cama. Era mullida, pero también vieja y despedía olor a ajo para alejar a los insectos.

—No sé bien quién ha salido ganando —bromeé.

Él rió y después nos acostamos. Estaba ansiosa por dormir una noche entera, sin tener que preocuparme por hacer guardia. Sin embargo, unos gritos me despertaron en cuanto empecé a quedarme dormida. Ambos nos levantamos sobresaltados y nos asomamos a través de la pequeña ventana de la habitación.

Fuera todo estaba en penumbra salvo por la escasa luz de algunas antorchas, se veía a los aldeanos huir, perseguidos por unas extrañas y pequeñas criaturas. Su cabeza y su cuerpo eran aproximadamente del mismo tamaño, algo más grandes que un puño cada uno, tenían las extremidades finas con dedos alargados, sus orejas eran grandes, sus dientes afilados y sus ojos brillantes. Se trataba de goblins, criaturas de la oscuridad con fama de adorar el caos y la sangre, afortunadamente no era común encontrárselos, pero aun así, a veces ocurre la tragedia.

Bajamos apresurados por las escaleras para ayudar a los aldeanos que ya estaban tratando de tomar contramedidas. Les arrojaban agua hirviendo y ajos que frenaban su avance, pero aquel era un numeroso enjambre de goblins. Uno de aquellos monstruos saltó sobre una joven que acababa de vaciar su caldero de agua contra otros, tenía sus garras extendidas hacia ella, pero lo único que alcanzó fue el filo de mi espada cuando lo partí en dos, derramando su asquerosa sangre verde.

Los goblins siseaban y castañeaban sus dientes para comunicarse y atacarnos de forma coordinada. Uno de ellos saltó sobre mí y aunque le maté con un golpe certero de mi espada, otro me atacó por el otro lado y me mordió el brazo. Sentí un dolor agudo, me sacudí, pero no se soltaba, entonces lo atravesé con mi arma. Otro de aquellos seres saltó para atacarme por la espalda, pero Eloy me defendió. Nos juntamos espalda con espalda para luchar contra aquellos numerosos monstruos.

—¡Son muchos, no vamos a poder con todos! —le dije angustiada.

—Si supiéramos cuál es su punto débil... —dijo él.

—Una vez leí que los goblins temen las tormentas con muchos relámpagos y truenos por la luz y el ruido, pero el cielo está despejado —dije alzando un momento la vista hacia el estrellado cielo sin una nube.

Varios goblins más trataron de atacarnos, pero sus miserables vidas terminaron con nuestras espadas.

—Tengo una idea que creo podría funcionar —dijo Eloy al cabo de un momento—. Necesitaría un arco, unas vasijas y trapos viejos.

—Habla con los aldeanos, yo os cubro —le dije.

Eloy se alejó para reunir a varios aldeanos que le ayudasen con su plan mientras yo me quedaba en la línea de defensa contra los goblins. Combatí codo con codo con los campesinos que alzaban sus rastrillos y horcas para defenderse de los monstruos. En el suelo había derramados numerosos cadáveres de goblin, pero eran más numerosos los que quedaban con vida y poco a poco iban ganando terreno.

Entonces una luz cruzó el cielo, se oyó un gran estruendo y después se dispersaron llamas que danzaban en el aire descendiendo lentamente. Después otra vez una flecha con la punta en llamas surcó el aire hasta romper una pequeña vasija que había sido rellenada con trapos viejos que se prendieron fácilmente y fueron descendiendo mientras el fuego los consumía. La luz de las llamas y el estruendo de la cerámica al romperse, por la flecha y al caer al suelo, consiguió intimidar a los goblins. Quizá no fuera una tormenta, pero surtió efecto y con energías renovadas terminamos de echar a las criaturas con nuestras armas mientras mujeres ayudadas por los niños corrían por el pueblo asegurándose de que las telas incendiadas no provocaran ningún accidente.

Todos gritamos de alegría cuando los ojos brillantes de los goblins se perdieron en el horizonte. Busqué a Eloy entre el gentío y lo encontré recibiendo las felicitaciones de los aldeanos.

—¡Qué gran idea! —le dije llegando hasta él.

—Bueno, se me ocurrió gracias a ti —me dijo sonriente.

Pasada la emoción inicial los aldeanos comenzaron a organizarse en grupos para ayudar a los heridos y montar guardia. Nosotros nos unimos a una de las patrullas que fue al perímetro de la aldea para vigilar que no regresaran los goblins. Afortunadamente el sol salió sin que hubiera más problemas, todos respiramos aliviados antes de retirarnos a descansar. Todavía me dolía el mordisco que me dio aquel goblin, pero por suerte no era nada grave.

Cuando nos levantamos tras haber dormido unas pocas horas vimos que la posada estaba vacía y las calles desiertas. Todavía se notaban los estragos de la lucha de aquella noche: los cadáveres de los goblins, los trozos de cerámica rota y algunas cenizas seguían dispersos por las calles, pero los cuerpos de las víctimas ya se habían retirado. Dimos una vuelta por la aldea hasta encontrar a sus habitantes reunidos en el ayuntamiento, estaban debatiendo qué hacer si los goblins regresaban esta noche.

—A lo mejor no regresan —estaba diciendo un optimista aldeano cuando llegamos.

—Nada nos garantiza eso —le respondió otro.

—Tenemos que hacer barricadas —intervino otro aldeano.

—Pero esos monstruos las treparían con facilidad.

—¿Entonces qué propones?

—Hay que acabar con ellos.

—¿Y si les tendemos una trampa? —tomé la palabra.

—¿En qué estáis pensando? —me preguntó el alcalde.

—Atraerles esta noche a algún lugar donde emboscarlos —comencé a explicar.

Cuando terminé la explicación debatieron mi plan y terminaron por aceptarlo, así que no perdimos tiempo y nos pusimos a trabajar. Fuimos a un terreno de campo abierto a las afueras de la ciudad y empezamos a despejar una ancha franja que sirviera de cortafuegos. Cuando el sol ya se estaba poniendo lo teníamos todo preparado. Sacrificamos algunos animales de ganado para atraer a los goblins y nos escondimos a esperar.

La noche estaba tranquila y en silencio hasta que se empezaron a oír unos chasquidos de dientes en la distancia. No tardó en llegar corriendo un enjambre de goblins ruidosos que chillaban emocionados por el putrefacto olor de la sangre de los animales que habíamos dejado como cebo. En cuanto las criaturas entraron en el círculo de paja que habíamos preparado, disparamos flechas incendiadas. Alcanzamos la paja que, como había sido manchada de aceite, no tardó en prenderse, quemando a los monstruos. Estos chillaron mientras el fuego los devoraba y a cualquiera que intentase escapar fuera del perímetro asegurado por el cortafuegos lo acribillábamos con flechas.

No tardaron mucho los goblins en ser calcinados y la aldea en estar a salvo por fin. Tras comprobar que no había quedado ninguno con vida que aterrorizase a los inocentes, regresamos al pueblo cantando para festejar el fin de la amenaza goblin. En agradecimiento, los campesinos nos regalaron víveres en abundancia para nuestro viaje y no tardamos en retomar nuestro rumbo. Se veía a Eloy sonriente, yo también estaba feliz de haber podido ayudar a aquellas gentes.

—Tuviste una gran idea —me dijo.

—Gracias —respondí sonrojada.

Eloy se había convertido en algo más que un compañero, era un buen amigo al que sentía que podía confiarle mi vida. Avanzamos varios días por la llanura anterior a las montañas y pronto llegamos hasta su pie. Allí acampamos para empezar el ascenso al día siguiente con todas las horas de luz por delante.

El cielo estaba repleto de estrellas que titilaban radiantes rodeando la blanca luna menguante. Nos sentamos juntos para contemplar aquella maravilla nocturna antes de acostarnos, aunque a mí me tocaba la primera guardia.

—Es precioso —comentó Eloy.

—Siempre me ha gustado mirar las estrellas, lo hacía con mi madre antes de que...—se me quebró la voz al recordar que ya no vería más el cielo junto a ella.

—Lo siento mucho —dijo comprendiendo.

—Se la llevó la gripe nortana hace varios años.

—La gripe surastense se llevó muchas vidas —dijo, pasando un brazo por mis hombros.

—¿Has dicho la gripe surastense? —le pregunté desconcertada.

—Sí, porque vino de Surasta —respondió extrañado bajando su brazo.

—No, vino de Nortana —respondí.

—Pensé que cuando antes dijiste nortana te habías confundido, pero no me pareció oportuno corregirte.

—La gripe vino de Nortana, quien lo niega son los nortanos y sus aliados —dije empezando a darme cuenta de que en realidad no tenía ni idea del origen de Eloy.

—Si dices eso es porque... eres de la zona de Surasta —dijo, comprendiendo.

—Soy de Surasta, y tú eres de...

—Nortana.

Al ser consciente de que, sin saberlo, éramos enemigos me levanté de un salto. Él me imitó poniéndose en pie, me miró sorprendido y angustiado. Debí de haber sospechado algo, haberle preguntado alguna vez, pero en el fondo de mi corazón no quería que terminase nuestra aventura. Ahora la verdad se sabía, éramos enemigos y yo debía ser leal a mi reino, aquella idea me rompía por dentro.

Allí estaba ella, hermosa bajo la luz de la luna y las estrellas. Pero su mirada era desgarradora, sus ojos marrones estaban cargados de amargura y decepción. Acabábamos de descubrir que ella era surastense y yo nortano, lo cual nos convertía en enemigos. Nuestros reinos habían estado enfrentados durante siglos, y ahora con la guerra la enemistad era aún mayor.

—Somos enemigos —murmuró al fin con triste voz.

—Aun así me resultaría imposible enfrentarme a ti después de todo lo que hemos pasado —dije.

—Yo tampoco. Lo mejor será que nos separemos y a partir de ahora cada uno siga su camino por su cuenta.

—Sí, será lo mejor —dije apesadumbrado.

Decidimos acampar juntos para turnarnos en la guardia y ya mañana salir por caminos separados. Gabriela hizo el primer turno, se quedó sentada contemplando las estrellas mientras yo me metía en mi saco. No obstante, apenas pude pegar ojo aquella noche y luego ella me despertaría para que la relevase en la vigilancia. Su rostro era inescrutable cuando me despertó. Me levanté y me senté mientras ella se acostaba sin mediar palabra. Mi cabeza bullía de pensamientos aquella noche sobre lo que el futuro nos depararía y de recuerdos sobre lo pasado. Junto a mí sentía como Gabriela daba vueltas en su saco, parecía que a ella también le costaba conciliar el sueño.

Cuando amaneció me acerqué a Gabriela para despertarla, pero no fue necesario porque ella sola se levantó. Recogimos nuestros respectivos sacos sin hablar apenas y nos preparamos para seguir nuestro viaje por separado, repartiendo los víveres a partes iguales. Cuando estuvimos listos nos alzamos cada uno sobre nuestro caballo.

—Ojalá que no volvamos a vernos, porque la próxima vez podría ser en circunstancias que nos obliguen a enfrentarnos —le dije como despedida.

—Espero que te vaya bien, cuídate, pero no puedo desearte que tengas éxito en tu misión porque seguro que va en contra de los intereses de Surasta —me dijo ella.

Espoleé a Eclipso, mi caballo, y cada uno partió en una dirección. Noté que Eclipso miraba hacia atrás y relinchaba tristemente.

—Yo también las echaré de menos —le susurré al oído mientras le daba unas palmaditas amistosas en el cuello.

Eché una última mirada hacia atrás, pero la imagen de Gabriela ya se había perdido entre los árboles del pie de la montaña. Recordando mi misión, respiré hondo y seguí hacia delante, en busca de la flauta mística.

La soledad pesaba como la neblina que se había formado aquella mañana sobre la loma de la montaña. Avancé sobre mi caballo por las empinadas cuestas como los días anteriores, en busca de cualquier señal sobre la gruta secreta en la que debía de encontrarse la flauta mística. Aunque según había leído en aquel libro de antiguas leyendas, la flauta mística se encontraba cerca del pico más alto de las montañas de Heslia.

Intentaba concentrarme en mi misión, pero mi mente no quería abandonar el recuerdo de Gabriela, de su encantadora sonrisa, su noble mirada, su valor y su astucia. Dejaba que Eclipso me guiara por los senderos de la montaña, hasta que un grito me sacó de mis pensamientos. Me resultó familiar, parecía ser de Gabriela. Sin tiempo que perder espoleé a mi corcel en la dirección de aquel grito.

El sendero se empezaba a estrechar y a mi derecha se encontraba un escarpado precipicio cuyo fondo no se veía a causa de la niebla. Debía tener cuidado para no resbalar y caer en él, pero tenía el corazón desbocado y ansioso por llegar junto a Gabriela. El risco cada vez se estrechaba más, obligándome a descender de mi caballo para guiarlo despacio desde el suelo. Al girar una pedregosa esquina pude ver la esbelta figura de Gabriela sujetada por una mano a las riendas de su yegua Lunaria mientras trataba de alzarse desde el borde del precipicio. Avance despacio y con cautela, más aliviado al ver que ella había logrado regresar a la cornisa.

—¿Estás bien? —le pregunté cuando estuve más cerca.

—¡Eloy! ¿Qué haces aquí? —me preguntó volviéndose hacia mí sorprendida.

—Oí tu grito y vine enseguida para ver qué había ocurrido —respondí.

—Iba algo distraída y no me dí cuenta de que aquella parte de la cornisa no era firme, entonces me caí, pero por suerte tenía cogidas las riendas de Lunaria y no ha pasado nada.

—Me alegro de que estés bien —comenté con una sonrisa que no pude disimular.

—Agradezco tu preocupación —dijo sonrojada, pero después añadió—: Ahora debemos seguir avanzando, cada uno por su cuenta.

—Pero la montaña ha demostrado ser peligrosa, seguir escalando por separado sería arriesgado.

—Pero yo le debo lealtad a mi reino y tú al tuyo, si colaboramos estaríamos traicionando esa lealtad al ayudar al enemigo —dijo con los ojos humedecidos.

—Lo sé, pero desde que nos sepáramos no he podido dejar de pensar en ti, echo de menos a mi intrépida compañera —confesé.

—Yo también te he extrañado.

Se hizo un momento de silencio que pareció durar una eternidad, y a cada instante sentía como si me desgarraran por dentro. Sabía que Gabriela tenía razón y no podía traicionar a mi reino, pero mi corazón solo quería estar con ella.

—Estoy buscando la flauta mística —confesó Gabriela—. Mi rey planea utilizarla como arma contra vuestros ejércitos.

Sentí como si todo me diera vueltas, me desequilibré y estuve a punto de resbalar por el precipicio si Gabriela no me hubiera sujetado. ¡¿Cómo era posible que ambos tuviéramos la misma misión?! Entonces ya no teníamos otra opción más que enfrentarnos por la flauta.

—Yo... también —dije con la voz quebrada.

—Entonces... ¿es inevitable el enfrentamiento? —dijo con una voz cargada de dolor.

Quería responderle que no, quería decirle que había otra salida, pero no sabía cuál. Si yo le entregaba la flauta estaría traicionando a mi reino y si ella me la dejaba a mí, entonces sería ella quien traicionase al suyo. Quien consiguiera al fin la flauta, sería probablemente el vencedor de la guerra.

Antes de que pudiera responder oí el silbido de una flecha cruzando el aire y me eché sobre Gabriela para esquivarla juntos. El risco era tan estrecho que estuvimos a punto de caer por el precipicio, pero logramos mantener el equilibrio. Miramos hacia lo alto sobresaltados y vimos que entre las rocas de más arriba había varios hombres armados con arcos y gruesas espadas.

Aquellos bandidos tensaron de nuevo sus arcos para dispararnos, pero Gabriela tiró de mí para agazaparnos junto a nuestros caballos contra la pared rocosa intentando evitar que los arqueros tuvieran buen ángulo para dispararnos. Pegados el uno al otro vimos como varias flechas se rompían al impactar contra la dura roca a escasa distancia de nosotros.

—¡Tenemos que salir de aquí! —exclamó Gabriela.

Nuestros caballos se movían asustados, la yegua de Gabriela resbaló, pero Eclipso agarró sus riendas con el hocico y tiró de ella para evitar que se cayera.

Intentamos deslizarnos lo más pegados posible a la pared, pero una de las flechas de los bandidos logró acertarme en mi brazo izquierdo.

—¡Eloy! —exclamó Gabriela angustiada.

—Estoy bien —mentí mordiéndome el labio mientras sentía un dolor agudo en mi brazo.

En aquel momento deseé tener un arco y flechas, pero en su momento no lo consideré importante y prescindí de él en la misión para reducir la carga. Cogí una pequeña piedra y la lancé hacia arriba con toda la fuerza de la que fui capaz, pero solo golpeó una de las piedras sin alcanzar a ningún bandido.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté a Gabriela mientras partía la flecha que me había alcanzado, pero no saqué todavía la punta para evitar desangrarme..

—Tengo una idea, cúbreme —me dijo.

Tomé otra piedra y la lancé, no alcancé a ningún bandido, pero no esperaba hacerlo. Mientras ellos se agazapaban tras las piedras para protegerse de una posible pedrada, Gabriela se incorporó para sacar una cuerda de las alforjas de su yegua y después corrió a agazaparse de nuevo junto a la pared antes de que varias flechas la pudieran alcanzar. Entonces ató la cuerda a una roca de la pared.

—Los bandidos no están disparando contra nuestros caballos a pesar de tenerlos a tiro, puede que sea porque quieran darles algún uso. Si tenemos suerte, nosotros solos podremos escapar y luego regresar por ellos —explicó mientras arrojaba el resto de la cuerda por el precipicio. Antes de actuar le dijo a su yegua con voz tranquilizadora—. Volveremos enseguida.

Gabriela se lanzó hacia el borde del risco antes de que los bandidos le pudieran disparar y se dejó caer veloz sujetándose a la cuerda. Yo la seguí aunque escalar con un brazo herido resultaba difícil. Los bandidos dispararon una lluvia de flechas que nos rozó, pero no nos alcanzó. La niebla y la cornisa nos cubrían mientras descendíamos. Me aferré con fuerza con mi brazo derecho a la cuerda confiando en que estuviera bien atada y no nos precipitaríamos al vacío.

—¿Puedes? —me preguntó Gabriela.

—Sí —respondí.

Por el momento aguantaba, pero estar colgado dejando la mayoría de mi peso en un solo brazo suponía un gran esfuerzo. Descendimos despacio mientras oímos a nuestros caballos relinchar preocupados.

—La cuerda se está acabando —informó Gabriela debajo de mí— ¡Espera! Estoy rozando algo bajo mis pies, creo que es un saliente y con suerte estará conectado con un camino que nos permita ascender de nuevo.

Esperé impaciente a que lo confirmase y en cuanto lo hizo descendí un poco más antes de dejarme caer aliviado sobre el saliente. Por un momento había temido que no llegaramos a ninguna parte en nuestro descenso y nos quedáramos colgados impotentes sin saber si ascender de nuevo.

Antes de continuar, Gabriela me sacó la punta de la flecha y vendó mi brazo arrancándose un trozo de su camiseta. Después comenzamos a avanzar pegados a la pared rocosa siguiendo un camino que parecía descender, pero era el único posible. Terminamos llegando a una cuesta demasiado empinada para subir andando, pero no demasiado para escalarla con seguridad.

—¿Crees que nuestros caballos estarán bien? —me preguntó mientras ascendíamos.

—Creo que sí, si esos bandidos esperan sacar provecho de ellos no creo que les hagan daño —respondí.

—¿Sabes? Me alegro de que estés aquí —dijo al cabo de un rato.

—Yo también —respondí sonriente.

—Pero no sé qué vamos a hacer —añadió decepcionada.

—Lo primero será recuperar a nuestros caballos —respondí evitando el tema que a ambos nos preocupaba.

Tras una hora de difícil ascenso, especialmente cuando se tiene un brazo herido, empezamos a oír relinchos de caballos sobre nuestras cabezas, acompañados por las voces de varios hombres.

—¡Los bandidos! Es nuestra oportunidad de pillarles por sorpresa —le susurré a Gabriela.

—Debemos actuar deprisa, ¡vamos! —respondió ella en voz baja.

Terminamos de escalar y nos agazapamos tras unas piedras y arbustos. Había cinco hombres enmascarados con viles ojos que tiraban de las riendas de nuestros caballos para obligarlos a ir tras ellos. Llevé mi mano derecha a la empuñadura de mi espada, lancé una mirada a Gabriela, que también estaba preparada, y a la vez salimos de nuestro escondite para emboscar a aquellos delincuentes.

Con una veloz estocada herí a uno en el costado, pero los otros cuatro reaccionaron más rápido y no tardaron en desenfundar sus espadas. A mi derecha vi como Gabriela se lanzaba al ataque y no tardó en desarmar a uno de ellos. Por mi parte, respondí al ataque de dos de ellos bloqueando sus golpes. Me moví ágilmente para evitar que me acorralasen y le asesté un fuerte golpe a uno de ellos, haciendo que se desequilibrara y cayera por la cuesta. El otro gritó furioso por la caída de su compañero, me giré rápidamente hacia él, pero antes de que el bandido me alcanzase, Eclipso le dio una coz con la que lo derribó, dejándolo inconsciente en el suelo. Después miré a mi alrededor y vi que Gabriela ya había derrotado al último.

—¿Qué haremos con ellos? —me preguntó.

—No estoy seguro, pero empecemos atándolos —respondí.

Gabriela cogió una cuerda de los propios bandidos mientras yo les arrastraba semiconscientes hacia un árbol. Cuando me acerqué al último, éste intentó apuñalarme, pero reaccioné rápido y le di la vuelta a su daga para clavársela a él. Un bandido menos, pero él se lo había buscado.

Dejando a los bandidos atados, nos alejamos a ritmo ligero. Cuando nos aseguramos de estar ya lejos, decidimos parar un momento y aprovechamos para lavar mi herida y hacerle un mejor vendaje.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? ¿Pelear por la flauta mística? No me gustaría luchar contra ti después de haber luchando contigo —me dijo Gabriela con evidente preocupación y desánimo.

—Tal vez... Tal vez podamos ignorar la flauta mística, regresar y decir que no la hemos encontrado, después de todo es solo una leyenda, ninguno podía estar seguro de que fuera verdaderamente a conseguirla —propuse.

—Pero qué pasa con la guerra, cada día se pierden más y más vidas de ambos bandos, la única manera de ponerle fin es que se declare un ganador y la forma más rápida de conseguirlo es con un arma como la flauta mística.

—No quiero ignorar mi responsabilidad, pero no puedo pelear contigo por la flauta mística, tiene que haber otra forma de poner fin a la guerra.

—Ojalá supiera cómo —respondió con ojos vidriosos—. Mi hermano mediano murió en la guerra y fue entonces cuando decidí que quería ayudar a poner fin al conflicto. Investigué y descubrí la leyenda de la flauta mística, no me fue fácil convencer a mi padre de que me dejara partir, pero al final tuve su bendición y le di mi palabra de que regresaría con ella.

—Te entiendo, mi hermano mayor resultó herido en la pierna durante una batalla y ahora tiene una cojera permanente. Yo también he peleado en numerosas batallas, hasta que en una resulté gravemente herido, fue mientras me recuperaba cuando descubrí la leyenda de la flauta mística y vi la oportunidad de terminar con la guerra.

Guardamos silencio, sin saber qué más decir, cómo salir de esta encrucijada. Ojalá nuestros reinos pudieran firmar la paz, pero pesaban muchos siglos de hostilidades entre ambos, la única forma de poner fin a la guerra sería con una demostración de supremacía por parte de uno de los dos. Pero, de todas formas, solo terminaríamos con una guerra, en el futuro habría más, como las hubo en el pasado.

El sol se empezó a ocultar tras la ladera de la montaña, haciendo que la noche avanzase rápidamente, de modo que decidimos acampar. Yo no dejaba de darle vueltas a una forma alternativa de hallar la paz sin la flauta mística, pero sabía que las negociaciones eran inútiles, mi padre estaba decidido a aplastar a sus enemigos.

Íbamos a decidir quién hacía el primer turno de guardia cuando un brillo empezó a surgir desde una cueva. A medida que el sol se ocultaba y las sombras se hacían más espesas, aquel resplandor ganaba fuerza, iluminando la noche como la estrella más brillante.

—¿Qué es eso? —pregunté desconcertado. No parecía una hoguera, ni sabía a quién podría pertenecer en caso de serlo.

—No lo sé, pero creo que deberíamos investigarlo —respondió.

Dejamos a nuestros caballos esperando en el campamento y ascendimos con cautela por las piedras que llevaban hasta la grieta que daba acceso a la cueva. Gabriela entró primero y yo la seguí, por dentro se veía mucho más espaciosa que por fuera. Descubrimos que la luz procedía de unas gemas doradas del tamaño de un puño incrustadas en las paredes y que brillaban como soles, iluminando un túnel que se adentraba hacia el corazón de la montaña.

—¿A dónde llevará? —pregunté, aunque sospechaba que podríamos haber encontrado sin querer el escondite de la flauta mística.

—Averigüémoslo —respondió Gabriela, aunque no pudo evitar que le temblara la voz, seguramente ella sospechase lo mismo que yo.

Avanzamos despacio por el túnel, cada paso me pesaba más que el anterior a medida que mi miedo a encontrar la flauta mística crecía. Fue un trayecto largo, pero al final llegamos a una gran cámara redonda. Pegadas a la pared había distribuidas cuatro columnas con diferentes grabados, el de una de ellas recordaba a las llamas, otro a las olas del mar, otro a las nubes con suaves formas como la brisa, y la última columna tenía un grotesco acabado que capturaba la esencia de la roca. El techo tenía el relieve de una flor, semejante a una margarita y en el centro, sobre un pedestal de piedra con enredaderas talladas se encontraba una flauta de madera dorada.

—La flauta mística —murmuró Gabriela.

—La hemos encontrado —añadí.

Tenía la vana esperanza de que jamás la encontrásemos, de poder encontrar otra manera de terminar la guerra entre Nortana y Surasta. Pero ahora que la teníamos delante, parecía que sólo había una solución posible, pelear por ella para que el ganador la llevase a su reino. Como un reflejo de mis temores, oí el suave silbido metálico de una espada saliendo de su funda, acompañado por el eco de la cueva. Me giré hacia Gabriela y vi con dolor que blandía ante ella su espada, lista para enfrentarse a mí.

—Lo siento... ojalá... hubiera otra... manera —dijo con voz ahogada por el dolor que a ella también le causaba el enfrentamiento.

Sus ojos llorosos y el temblor de sus manos revelaban cuánto le costaba hacer esto. Yo me sentía igual, impotente ante el cruel destino. Empezamos siendo solo un par de viajeros que se conocieron en el bosque del ogro, pero no tardamos en hacernos buenos compañeros y también amigos, sentía por Gabriela algo más que amistad. ¿De verdad terminaríamos como enemigos?

No quería hacerlo, pero debía. El futuro de mi reino dependía de que regresara con la flauta mística. Por mucho que doliera, tenía una responsabilidad con mis súbditos, pues era la princesa Gabriela, hija menor del rey Guillermo de Surasta.

Aún así, había una verdad que no quería admitir, pero que la sentía. Estaba blandiendo mi espada ante Eloy y eso me torturaba por dentro. Él me mira con ojos vidriosos y en su rostro se adivinaba el dolor, él tampoco quería pelear conmigo.

Al final lo admití en mi interior, estaba enamorada de él. Reconocerlo hizo que finalmente se me saltaran las lágrimas, las piernas me fallaron y las manos las siguieron haciendo que la espada se me cayera al suelo con un estruendo. Debía llevar la flauta mística a Surasta, pero no podía si eso implicaba enfrentarme a Eloy. Jamás podría traicionar a mi corazón.

Me sentía impotente y me quedé en el suelo mientras las lágrimas escurrían con amargura por mis mejillas. Entonces Eloy se agachó a mi lado y me sonrió. No era una sonrisa alegre, estaba forzada, era más como una despedida.

—Jamás lucharía contra ti, regresemos cada uno a casa —me dijo con voz solemne.

Lo miré fijamente a los ojos y él me miró con dulzura. Nuestros rostros estaban tan cerca que por un momento creí, deseé, que me besara, pero no lo hizo. Se incorporó y se alejó con pasos lentos, pero de ritmo constante, cada vez se oían más lejos en el túnel. Yo permanecí unos minutos más sentada sobre el suelo cabizbaja, intentando pensar una forma alternativa de terminar con la guerra. No obstante, nuestros respectivos reinos se odiaban y jamás firmarían una paz de mutuo acuerdo, hasta que uno no se impusiera sobre el otro, ningún rey acordaría la paz, era una triste realidad.

Alcé la vista, decidiendo que ya era hora de abandonar la cueva y que en el camino de regreso a Surasta ya podría seguir pensando, y al hacerlo descubrí que el pedestal estaba vacío, la flauta mística había desaparecido. No me había dado cuenta de que alguien la había cogido. Mis sentidos habían estado embotados por el dolor de sentir mi corazón dividiéndose entre la lealtad a mi reino y mis sentimientos por Eloy, pero sabía que no tanto como para que no advirtiera una tercera presencia en la cueva, eso solo podía significar que Eloy la había cogido cuando estaba distraída. Habíamos evitado cruzar nuestras espadas, pero su traición me dolió también, no esperaba que robara la flauta mística.

Salí de la cueva herida en mi interior, ahora Nortana tenía la flauta mística y le había fallado a mi reino y a mi padre. Al menos eso pondría fin a la guerra, pero no con el resultado que hubiera deseado. Fuera estaba extendido mi saco de dormir y mis mantas cerca de una pila de madera que todavía no habíamos prendido, mi yegua Lunaria permanecía con las riendas atadas a una rama, pero ya no tenía a su lado a Eclipso. Tanto las cosas de Eloy como su caballo habían desaparecido, se había marchado con la flauta mística y no quería saber nada más de mí. Confieso que en el fondo me sentí aliviada de evitar discutir con él y seguir alargando la tortura que suponía estar entre el deber y el corazón.

Aunque pensé que me había quedado sin lágrimas en la gruta, éstas volvieron a inundar mis ojos y caer por mis mejillas. Los sentimientos que habían aflorado durante nuestro viaje no podían desaparecer, descubrir que éramos de reinos enemigos no los hizo disminuir. En algún momento tuve la vana esperanza de que Eloy cambiaría de bando y podríamos estar juntos, pero la verdad era que ambos éramos leales a nuestro reino. Lo nuestro era un amor imposible y, sin embargo, me parecía hermoso.

Cuando amaneció enrollé mi saco y lo enganché en la silla, lista para ponerme en camino. Descender la montaña fue más fácil que subirla y como tenía claro el rumbo que debía tomar solo me costó un par de días llegar a su pie y comenzar el viaje por terrenos más llanos.

Las provisiones que quedaban en mis alforjas cada vez eran menores y debía llegar pronto a algún pueblo donde comprar más. En los días que estaba recorriendo la llanura que

había junto a las montañas de Heslia encontré algo sorprendente entre mis cosas. La había guardado en el fondo y los alimentos que llevaba no me dejaron verla al principio, pero resultó que ahí estaba: la flauta mística.

Cuando la flauta desapareció del pedestal asumí que Eloy la había robado sin decirme nada para llevarla a su reino y que ganara la guerra, que evitó pelear, pero eligió el deber. Sin embargo, no se la llevó, no la guardó en sus alforjas, eligió dejármela a pesar de que supusiera la derrota de Nortana. No me dijo nada porque sabía que me sentiría culpable por aceptarla y obligarle a traicionar a su reino. Aquel gesto me conmovió, aunque no terminaba de entender por qué estaba dispuesto a permitir que Surasta ganase la guerra, pero quería regresar a Nortana después de haber traicionado la confianza de su rey. Supuse que sería porque a pesar de que sintiera por mí un aprecio parecido al que yo siento por él, no podía dejar atrás su hogar y su familia nortana. Aunque yo no fuese de la realeza y tuviera ese deber añadido, no creía que pudiera abandonar mi hogar.

Sentí tentaciones de romper la flauta y que no fuese para nadie, pero después de que Eloy hubiera elegido dármela, no podía. Decidí que pondría fin a la guerra de la forma más pacífica que pudiera, y con energías renovadas aumenté el ritmo del viaje para regresar cuanto antes a Surasta.

Al igual que en la ida, la vuelta no estuvo exenta de complicaciones. Extrañé enormemente a Eloy para hacerles frente juntos, pero permanecí firme y no caí. En ningún momento del camino volví a encontrármelo, supuse que porque había optado por una ruta diferente. Aun así su recuerdo no me abandonó, él era valiente, inteligente y fuerte, además de sensible, dulce y atento, pero también era nortano y eso lo complicaba todo.

Al cabo de mes y medio ya estaba de nuevo en territorio surastense. No tardé en informarme sobre el transcurso de la guerra a medida que avanzaba hacia la capital. Surasta había tenido un par de victorias importantes después de que me fuera, pero en las últimas semanas Nortana había remontado y tenía bajo su control importantes territorios surastenses. Sin duda necesitábamos la flauta mística, pero no podía olvidar que la tenía gracias a un nortano, gracias a Eloy.

Cuando llegué al palacio ya había decidido cómo iba a actuar. Me acerqué despacio, pero con paso firme, orgullosa sobre mi corcel. Las altas almenas del castillo resplandecían bajo el sol y las banderas escarlata de Surasta ondeaban suavemente con la brisa. Abrieron la reja de la puerta al verme llegar y me saludaron con alegría mientras anuncianaban:

—¡Ya ha regresado la princesa!

Uno de los sirvientes tomó las riendas de Lunaria para llevarla al establo, donde sin duda merecía descansar. Cogí la flauta mística de las alforjas antes de que se la llevaran y entré en el palacio, llevaba el instrumento sujeto con firmeza en mi mano mientras avanzaba por los lujosos pasillos.

Llegué a la sala del trono donde, sentado sobre el dorado asiento de mullidos cojines aterciopelados, me esperaba mi padre. Era un hombre de pelo castaño y ojos marrones como

yo, una espesa barba le cubría el rostro dándole un aire regio y severo, que no distaba demasiado de su personalidad. Mi padre era templado y serio, no vacilaba en hacer cuanto fuera necesario para garantizar la prosperidad del reino, aunque en familia se mostraba más tierno.

Se levantó al verme entrar por la puerta y avanzó deprisa para abrazarme. Yo me sentí reconfortada en sus brazos, lo había añorado durante mi viaje. También me habría gustado reunirme de nuevo con mi hermano mayor Roberto, pero estaba en el frente.

—Díme, ¿es esa la flauta mística? —me preguntó señalando el instrumento de mi mano.

—Así es —respondí. Él me tendió la mano para que se la entregara, pero yo no me moví.

—En verdad no estaba seguro de que existiese realmente, ni de que la encontrases—prosiguió diciendo sin darle importancia a que aún no se la hubiera entregado—. Pero me alegra comprobar que mis dudas eran infundadas, estoy muy orgulloso.

—Gracias —dije sonriente.

—Ya puedes entregármela, con ella no habrá rival que se nos interponga, Nortana está acabada.

—En realidad, tenía un plan diferente.

—¿Un plan diferente? —repitió contrariado.

—Sé que inicialmente la íbamos a usar como arma, pero no creo que sea necesario, podemos solamente usarla como medida de peso para firmar la paz.

—No entiendo bien en lo que estás pensando.

—Pienso que si la usamos para hacer una demostración de fuerza, podríamos obligar al rey Mírrel de Nortana a firmar la paz sin necesidad de más derramamientos de sangre. Acordaríamos restablecer las fronteras anteriores al conflicto y terminar la guerra, además de un periodo de unos veinte años, por ejemplo, en el que quedan prohibidos los ataques entre ambos reinos

—No es mala idea lo de obligar a Mírrel a rendirse, pero, ¿por qué restablecer las fronteras anteriores? Es nuestra ocasión de hacernos con una buena porción de territorio nortano, y si Mírrel se niega, será a costa de vidas nortanas.

—La flauta mística no es invencible, si ahora presionamos al rey Mírrel, seguro que no tarda en regresar con otra arma mágica a la altura de la flauta y tendremos una guerra aún peor, con mayor destrucción para ambos reinos.

—Pero, ¿y qué pasa con territorios como Dimqui que nos conquistó en la guerra de hace veinte años?

—Y nosotros les conquistamos Redana hace treinta —protesté. Después de que Eloy me cediera voluntariamente la flauta mística, lo mínimo que podía hacer era llegar a un acuerdo equitativo para ambas partes.

—Creo que no entiendes que estamos en una situación favorable y debemos aprovecharla ¿Acaso quieres que la muerte de tu hermano y la de todos los soldados sea en vano? Porque si nos quedamos como al principio, todas estas batallas habrán sido en vano y una pérdida de tiempo.

—La guerra siempre es una pérdida de tiempo ¿De qué sirve pelear por un territorio que primero será de uno, después de otro y luego otra vez cambiará de dueño en un ciclo sin fin?

—Gabriela —dijo adquiriendo un tono peligroso de advertencia—, eres joven y no tienes idea del peso que supone una corona, si tus hermanos estuvieran aquí me darían la razón ¿Quieres amenazar al rey Mírel en vez de lanzar directamente el poder de la flauta contra sus ejércitos? Bien. Pero no creas que haremos un acuerdo tan penoso como el que me pides.

—¡Pero yo encontré la flauta mística! —protesté.

—¡Y yo soy el rey de Surasta y tu padre! —dijo con una mirada furiosa que me heló la sangre.

Alargó su mano y me quitó la flauta mística sin que pudiera oponerle resistencia. Las lágrimas amenazaban con desbordar de mis ojos, ante la impotencia que estaba sintiendo, tan grande como cuando creí que iba a tener que luchar contra el hombre que amaba.

—Gabriela, no llores —dijo más calmado—. En el futuro ya verás que estoy tomando la mejor decisión para Surasta.

«La mejor decisión para Surasta sería una que no nos garantizase una guerra en un futuro no muy lejano» pensé.

—Pero no les reclaméis demasiado territorio, por favor, padre —dije.

—Bueno, no lo haré —terminó accediendo—. Por mucho que me repugne, debo admitir que siento cierta empatía con el rey Mírel. Según tengo entendido, perdió a su primogénito en una de las últimas batallas, y el dolor de perder a un hijo es atroz, como desgraciadamente sé.

Hice una reverencia y me despedí de mi padre, dejando que él se encargara de todos los detalles. Aunque quisiera tener mayor implicación, no podía insistir, al menos le había convencido de no excederse en sus exigencias.

Fui a mi habitación y disfruté de un tranquilo y agradable baño ahora que por fin había regresado a casa. No obstante, no dejaba de pensar en lo que estaría haciendo Eloy en estos momentos. ¿Habría llegado ya a Nortana? ¿Le habría dicho ya al rey Mírrel que no había conseguido la flauta mística? ¿Volvería al ejército a combatir por su reino? Deseaba que el rey nortano aceptara el acuerdo de mi padre aunque le fuera desfavorable, no querría que la guerra continuase y Eloy resultase herido, o peor, muerto.

A la mañana siguiente me levanté con calma, disfrutando de mi cómodo colchón, y elegí un bonito vestido para el día. Estaba pensando si tendría una agenda de reales deberes que seguir o tendría, en cambio, el día libre. Entonces llamaron a mi puerta y entró mi padre preocupado en mi habitación.

—Gabriela... —empezó a decir— ¿Estás segura de que ésta es la flauta mística? —dijo mientras me mostraba la flauta que le había dado.

—Sí, la encontré... encontré en una cámara secreta dentro de una gruta en las montañas de Heslia —respondí desconcertada.

—He ido a probar su poder, pero no ha sonado cuando he soplado a través de ella, y tampoco ha ocurrido nada —explicó angustiado.

—No lo entiendo —admití desconcertada.

—Ésta era nuestra oportunidad de ganar la guerra, necesitamos la flauta mística.

—Revisaré la leyenda por si hubiera alguna explicación —respondí preocupada.

Me apresuré en llegar a la biblioteca real y no tardé en encontrar el libro que hacía meses había consultado. Pasé con angustia las páginas en busca de la leyenda concreta de la flauta. Cuando di con ella, la leí despacio, fijándome en cualquier detalle que explicase por qué a mi padre no le había funcionado. Todo parecía ir bien, explicaba que el instrumento mágico podía invocar la fuerza de los cuatro elementos primarios entonando las distintas melodías que saliesen del corazón. Sin embargo, encontré una pequeña cláusula al final de la leyenda: sólo aquel que hubiera alcanzado la paz interior podría hacer sonar la flauta e invocar su poder.

Conocer esa pequeña condición no le agradó a mi padre. Cuando leí en su día la leyenda por primera vez no le di importancia a la última frase, parecía mera retórica, sin embargo, había resultado ser crucial. Mi padre ordenó a sus hombres de confianza que probasen si ellos podían hacer sonar la flauta, también probó mi hermano, que regresó del frente tan rápido como pudo en cuanto mi padre lo hizo llamar, pero ninguno tuvo éxito. Cuando yo lo intenté tampoco sonó, pero en mi caso no me sorprendió, después de mi viaje y cómo había concluido, mi ánimo estaba más turbado que nunca y lejos de alcanzar la paz, no dejaba de extrañar a Eloy y también me preguntaba si él o algún nortano podría hacerla sonar.

—La flauta mística no funciona, hemos perdido nuestra mayor arma contra Nortana—comentaba mi padre en la reunión que habíamos convocado con los oficiales.

—En realidad no —intervine decidida a poner fin a la guerra y la muerte.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó mi padre.

—Basta con que hagamos creer a los nortanos que la tenemos, les amenazaremos con usarla contra ellos si no se rinden, como habíamos planeado —expliqué.

—¿Y si no se rinden? —preguntó mi hermano Roberto.

—Deberemos no excedernos con las condiciones de su rendición para que las vean aceptables —respondí, sintiendo la intensa mirada de mi padre a causa de la discusión que habíamos tenido cuando le entregué la flauta. Aún así, continué hablando con seguridad—. Además de hacer una poderosa demostración.

—¿Una demostración? ¿Cómo? No podemos controlar los elementos —dijo un general.

—Haremos un truco, algo sí que podemos controlarlos —respondí y tras una pausa para reconsiderar lo que iba a decir, añadí—: Durante el viaje me crucé con un caballero de Nortana que también buscaba la flauta, pero la conseguí yo y él lo sabe, así que su testimonio dará fe de que la tenemos.

—¿Un caballero de Nortana? —preguntó mi padre preocupado.

—No ocurrió nada, no me dio problemas —dije sin estar dispuesta a revelar más información que la imprescindible.

Tras zanjar algunos detalles más, dimos por concluida la reunión. Confiaba en que el plan saliera bien y pronto pudiéramos festejar la llegada de la paz.

Elegimos un lugar cerca de la frontera y lo preparamos todo. Nuestros hombres cavaron un túnel bajo tierra, que se sostenía mediante columnas de madera rodeadas por paja seca, y prepararon cubos de agua. Llegado el momento convenido, mi padre, el rey Guillermo, se presentó al frente de las tropas para lanzar su amenaza. Con el sol empezando a ascender por el horizonte, trepé al peñón rocoso que estaba junto al lugar, y nuestros soldados encargados del truco tomaron sus posiciones.

—¡Soldados nortanos! —empezó a decir— Decidle a vuestro rey que llegó el momento de que se rinda, de lo contrario se enfrentará al poder de la flauta mística.

En aquel momento alcé la flauta en alto y procedí a tocarla. Ninguna nota salía del instrumento, pero no importaba porque un músico de confianza se había posicionado con su flauta en una cueva del peñón. Desde ella tocó las notas, que el eco de la caverna hizo llegar con fuerza y una distorsiónpectral, que no tardó en intimidar a los soldados.

Al mismo tiempo que la falsa flauta empezó a sonar, varios hombres lanzaron agua lo más alto que pudieron por la ladera rocosa del peñón cuidando de que solo se viera el agua. También le prendieron fuego a la paja del túnel y no tardaron en propagarse las llamas por todo el túnel, calcinando las columnas de madera. No tardó en venirse abajo el túnel abriendo un surco ardiente en el suelo que hizo a los soldados nortanos huir despavoridos.

—¡Decidle a vuestro rey que se reúna conmigo para negociar los términos de su rendición! —gritó nuestro rey a los soldados.

Habíamos logrado asustar con éxito a los soldados enemigos, y no tardó en llegarnos noticias del rey Mírrel para reunirse con nosotros. Mi padre mostraba evidente entusiasmo ante la noticia, al igual que mi hermano. Aunque al no poder hacer uso de la flauta mística no podían sacar todo el beneficio que deseaban, estaban decididos a reclamar ciertas tierras además de recuperar el territorio perdido en las últimas batallas.

En una vasta llanura montaron sus campamentos ambos ejércitos, separados por una línea invisible de odio. A un lado las tiendas tenían brillantes rojos y naranjas, mientras que al otro eran de hermosos azules claros y oscuros. Entre ambos bandos se alzaba una espaciosa carpa blanca preparada para las negociaciones entre los dos reinos. A mí me habría gustado asistir a las negociaciones, pero mi padre me ordenó que permaneciera tras nuestras filas custodiando la flauta mística en caso de que los nortanos intentaran algo.

Dejé que mi padre y mi hermano mayor fueran a la reunión junto a su escolta, y me subí a una pequeña elevación del terreno para ver por encima de las tiendas como entraban en la carpa. También vi llegar a los reyes de Nortana y a alguien más. Quizá estuviera lejos, quizás llevase otra ropa, pero le reconocí al instante, era Eloy. Me había preguntado qué había sido de él después de que nos separásemos, parecía que había vuelto sano y salvo a su reino, y ahora estaba en la reunión de paz. Me preguntaba qué hacía allí, no parecía estar como escolta, ¿le habría invitado su rey a acompañarlo por su implicación en el tema de la flauta mística? Su elegante vestimenta parecía indicar que era alguien importante, y aunque no estaba segura en la distancia, me parecía que llevaba una pequeña corona en la cabeza.

Me senté en el suelo, a pesar de que se pudiera manchar mi vestido, a esperar ansiosa el final de la reunión. Confieso que más por volver a ver a Eloy que por saber el desenlace.

Entré en la carpa dispuesta para las negociaciones de paz, dentro se habían colocado varias sillas alrededor de una mesa con un amplio mapa, varios pergaminos y tinta y pluma. Allí estaban el rey Guillermo y su hijo mayor, el príncipe Roberto, preparados para empezar con las negociaciones. Nos saludamos mutuamente con cortesía antes de ocupar nuestros asientos, yo me coloqué junto a mis padres, los reyes de Nortana.

—Me alegro mucho de veros, rey Mírrel —dijo con fingida cortesía el rey surastense.

—Bueno, dejémonos de ceremonias y centrémonos en lo importante —respondió mi padre.

Él acostumbraba a ir directo a lo importante, sin rodeos. Era un hombre alto de pelo oscuro, con ojos azules que en aquel momento revelaban gran impaciencia, no le agradó descubrir que el rey Guillermo tenía en su poder la flauta mística y odiaba verse forzado a negociar una paz que sería claramente desventajosa para nosotros, los nortanos. Mi madre, la reina Elina, estaba atenta a su lado para brindarle su apoyo, tenía sus cabellos castaños recogidos en un moño y sus ojos claros lanzaban miradas heladoras a nuestros enemigos.

—Bien —respondió Guillermo—, pero antes de empezar, debo avisaros de que si intentáis algo estamos preparados. Mi hija Gabriela tiene la flauta mística y no dudará en usarla contra todo vuestro ejército si llegara a pasarnos algo a mi hijo o a mí.

—Lo comprendemos —respondió mi padre de mala gana, ya preveía que el rey surastense tomaría precauciones y no se había molestado en pensar una traición, al menos que yo supiera.

Oír el nombre de Gabriela me trajo recuerdos. La Gabriela que yo conocía era diferente a la princesa surastense, aunque ambas pertenecieran al mismo reino. El tiempo que había compartido con mi Gabriela había sido inolvidable y el recuerdo de nuestra despedida no dejaba de revolotear como una mariposa alrededor de mi mente, desgarrándome el corazón cada vez que se posaba. Tomar la decisión de dejarle la flauta mística fue dura, sabía que supondría la derrota de Nortana, pero en aquel momento no pensaba con la cabeza, sino con el corazón. Vi lo desesperada que se sentía y no dudé en dejársela, aunque supusiera traicionar a mi reino.

Me acompañó todo el viaje de regreso el recuerdo de cuando cogí la flauta mística y me agaché junto a ella, para decirle que regresáramos a casa, pues era incapaz de levantar mi espada contra ella. La tuve delante y por un instante pensé en besarla, pero si lo hacía, si reconocía mis sentimientos, ya no hubiera podido separarme de su lado. Me separé de ella y salí de la cueva para guardar la flauta en sus alforjas antes de que ella saliera. Recuerdo que mi caballo Eclipso no quería marcharse, pero tiré con fuerza de sus riendas para alejarme. Tenía un deber con Nortana, pues era el príncipe Eidán, hijo menor del rey Mírrel, aunque Gabriela no lo sabía, ni siquiera sabía mi verdadero nombre.

Mi llegada a Nortana fue difícil, muy difícil. No solo debía decirle a mis padres que había fracasado en mi misión y ahora Surasta tenía la flauta mística, sino que también al regresar descubrí que mi hermano mayor Samón había fallecido en una de las últimas batallas. Mi padre se vio decepcionado y preocupado por mi fracaso, mientras que a mi madre no le preocupó en absoluto la misión, tan solo quería de regreso a su hijo, el único vivo ahora.

—Sois generoso, rey Guillermo —la voz recelosa de mi padre me sacó de mis pensamientos. Había estado distraído y no había prestado demasiada atención a las condiciones del trato.

—Ambos estamos cansados de la guerra y no conviene excederse con los perdedores—respondió el rey surastense.

Leí rápidamente por encima el tratado para saber las exigencias, en verdad era un acuerdo generoso, le permitía a Nortana conservar gran parte del territorio que poseía antes de la guerra. Me pregunté si Gabriela habría tenido algo que ver con la generosidad del rey Guillermo.

Mis padres y los surastenses se miraron fijamente y tras aclarar algunos términos y corregir otros, todos firmamos el acuerdo de paz que además garantizaba veinte años de no agresión entre ambos reinos. Tuve la sensación al firmarlo, de que había tomado la decisión correcta al darle la flauta a Gabriela, conocía demasiado bien a mi padre para saber que él no habría sido igual de benévolos.

—Ha sido un placer, rey Mírrel —dijo el rey Guillermo sonriente.

—Igualmente —respondió resentido.

—Hoy ya es tarde, pero mañana es un buen día para levantar el campamento, confío en que no tengamos que vernos mucho más —añadió el rey Guillermo.

—En algo coincidimos —respondió mi padre.

—Y no os olvidéis de retirar a vuestros hombres cuanto antes de nuestras fronteras—intervino el príncipe Roberto.

—Descuidad —dije con sequedad.

Salimos de la tienda por lugares opuestos llevando cada parte una copia sintetizada del tratado firmado.

—Me pregunto qué tramarán los surastenses, esta generosidad no es propia de Guillermo —me murmuró mi padre al oído.

Yo me encogí de hombros y miré hacia el campamento enemigo, seguro que sus caballeros estaban muy contentos. Y nosotros también deberíamos alegrarnos de terminar la guerra, aunque hayamos perdido, nuestra historia tiene y tendrá tantas victorias como derrotas, Surasta y Nortana siempre han estado muy igualadas militarmente.

Entonces la vi, sobre una pequeña elevación rodeada de tiendas escarlata, estaba Gabriela. Aún en la distancia era hermosa, en aquella ocasión llevaba un elegante vestido rosado, muy diferente de la ropa aventurera con la que la había conocido. Observé que sostenía algo en sus manos, aunque estaba lejos para saber con seguridad si era la flauta. Cuando el rey y el príncipe surastense se acercaron a ella, me di cuenta de la verdad, ella era la princesa Gabriela.

Me detuve de sopetón por la impresión de aquel descubrimiento. Aunque alguna vez sospeché de la casualidad de que su nombre fuera igual al de la princesa, descarté la posibilidad de que fueran la misma persona. Pensaba que una princesa surastense noería más que una presumida y arrogante niña de papá, pero Gabriela no era para nada así. Deduje

entonces que sin duda había tenido influencia en el acuerdo de paz, por eso el rey Guillermo no nos había exigido tantas tierras como habríamos esperado.

—Hijo, ¿va todo bien? —me preguntó mi madre al ver que me había detenido.

—Sí —asentí apartando la mirada y retomando el paso.

Estuve el resto de la tarde hasta el atardecer pensando en Gabriela, en lo que habíamos vivido y cómo ambos nos habíamos ocultado nuestra verdadera identidad. La luna estaba empezando a asomar por el horizonte cuando llegó de pronto una idea a mi mente, una idea que podría traer una paz duradera y perpetua a Nortana y Surasta. Pero antes de planteársela a mis padres o al rey Guillermo, tenía que hablar con Gabriela, el problema era llegar hasta ella.

Esperé en mi tienda a que todo quedara en silencio, unos pocos soldados estaban de guardia, pero me escabullí sin que se dieran cuenta. La luna menguante dibujaba una fina línea brillante que por suerte apenas iluminaba la llanura, tan solo debía esquivar las danzarinas luces de las antorchas. No me fue demasiado difícil deslizarme entre las sombras y cruzar las líneas enemigas. Con el corazón latiendo fuertemente contra mi pecho, avancé hacia el centro del campamento enemigo, donde se alzaban tres tiendas coronadas con la insignia real. Me pregunté cuál sería la de Gabriela, no tenía ni idea, pero confié mi destino a la suerte y me colé en una sin que el guardia se diera cuenta.

Estaba oscuro y no podía distinguir bien a la figura que estaba acostada en el saco de dormir del suelo. Aquella figura se removió, cortándose la respiración, y después se incorporó. Contuve el aliento mientras escudriñaba en la oscuridad, pero suspiré aliviado cuando pude reconocer una figura femenina.

—¿Gabriela? —susurré para asegurarme.

—¿Eloy? —me respondió ella en voz baja.

—Sí —murmuré acercándome despacio.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

—Quería hablar contigo —dije agachándome para ponerme a su altura.

—No creo que sea un buen momento.

—No iba a encontrar otro, tenía que hablar contigo a solas.

—Me alegro de volver a verte, Eloy, pero hay algo que deberías saber, no fui del todo sincera contigo.

—Eres la princesa de Surasta, lo deduje al verte antes con tu padre y tu hermano—respondí.

—Entonces sabrás que como alguien te encuentre aquí...

—Procuraré que no sea así, pero esto que tengo que decir es urgente.

—¿Qué ocurre?

—Yo tampoco te he contado toda la verdad sobre mí, mi verdadero nombre no es Eloy, soy el príncipe Eidán de Nortana, el rey Mírel es mi padre.

—Lo sospeché cuando te vi hoy, pero no estaba segura. Supongo que estamos empate.

—Escucha, Gabriela, en primer lugar te agradezco mucho que interviniéras para que tu padre no se excediera en las demandas, ahora podremos disfrutar de unos años de paz.

—Te lo debía, muchas gracias por dejarme la flauta mística. Aunque... —vaciló, pero siguió hablando— Supongo que tienes derecho a saberlo ya que sin ti no la tendríamos. Verás, la flauta mística no funciona, o al menos a nosotros no nos funciona porque hace falta alguien que se sienta en paz consigo mismo para hacerla sonar de verdad y no lo hemos encontrado, al menos dentro del círculo de confianza. Por eso mi padre se ha asegurado de que el tuyo aceptase el trato, porque no tenemos en realidad ningún arma mágica que usar.

—Entiendo, pero tranquila, no le diré nada a mis padres.

—Gracias, ¿y qué era eso tan urgente que tenías que decirme?

—No sabía si te volvería a ver después de que nos separásemos, nuestros reinos se odian...

—Lo sé, pero, ¿qué podemos hacer?

Tragué saliva para calmarme y decírselo ya.

—Gabriela, te amo.

—Eidan... —murmuró.

Estaba oscuro, pero me pareció que una sonrisa se dibujaba en su rostro.

—Yo también te amo —me dijo antes de rodearme con sus brazos y besarme.

Perdí el equilibrio y caí al suelo seguido por Gabriela que aterrizó sobre mí, pero no me importó, me sentía a gusto con ella en mis brazos y yo en los suyos.

—Tenía miedo de que no nos volviésemos a ver —me dijo.

—Yo también.

—Princesa, ¿va todo bien? —dijo la voz del guardia de fuera, cuya sombra mecida por la llama de las antorchas se recortaba contra la tela de la carpa. Temí que en el silencio de la noche hubiera oído nuestras voces.

—Sí, todo está bien, solo quiero dormir —respondió Gabriela.

—De acuerdo, perdón por molestaros —dijo el guardia dando un paso hacia atrás.

Esperamos un tiempo en silencio sin mover un músculo antes de volver a hablar.

—Tienes que irte, es peligroso —me susurró Gabriela con tristeza.

—Volveremos a estar juntos, te lo prometo —respondí.

Gabriela se apartó para dejar que me levantara y con el mismo sigilo con el que había entrado salí de la tienda. Me deslicé por el campamento surastense, pero en mi camino me topé con un guardia.

—¡Un intruso! —gritó de inmediato al verme, era evidente que no pertenecía a su ejército.

Eché a correr confiando en que no me hubiera reconocido y no frené hasta haber regresado a la zona del campamento nortano. Los soldados surastenses se movían por todo su campamento buscando al intruso, pero por suerte ya había logrado abandonar el territorio enemigo. Dentro de las líneas nortanas zigzagueé hasta mi tienda cuidando de que ninguno de nuestros soldados me viera.

Respiré aliviado al entrar bajo la lona de mi carpa y confié en que nadie pudiera identificarme como el intruso, también esperé que los surastenses no pensaran mal de nosotros y peligrase el acuerdo de paz. Por suerte, el rey Guillermo no exigió nada a mi padre, seguramente porque Gabriela habría hablado con él sobre no poner en peligro la paz, y no oí que los surastenses tuvieran alguna idea de la identidad del intruso.

A la mañana siguiente, cuento todo estuvo más calmado, fui a hablar con mis padres, no sabía cómo reaccionarían a mi propuesta, pero seguramente no muy favorablemente. Los encontré dialogando en su tienda sobre los sucesos recientes.

—¿Qué ocurriría anoche en el campamento surastense? —comentaba mi madre.

—No lo sé, oí algo de un intruso, pero yo no envié a nadie —respondió mi padre.

—No sé qué trama el rey Guillermo. Tiene un arma con la fuerza de cien ejércitos, pero en lugar de usarla quiere firmar la paz, no es propio de él. Tampoco entiendo por qué no nos ha exigido apenas tierras por la derrota, es extraño.

—La mente de un surastense es retorcida.

—¡Buenos días! —saludé al entrar— Venía a hablaros sobre un asunto importante.

—¿De qué se trata, hijo? —preguntó mi madre.

—Pues he estado pensando y creo que he encontrado la forma de mantener una paz perpetua con Surasta, algo que pondría fin a esta absurda enemistad —respondí intentando permanecer calmado.

—Surasta y Nortana han sido enemigos por generaciones, se han enfrentado en incontables batallas ¿Cómo crees que puedan reconciliarse después de todo eso?—preguntó mi padre con incredulidad.

—Como se ha hecho siempre, con amor, con un matrimonio —respondí.

—¿No estarás insinuando lo que creo que estás insinuando? —dijo mi padre en tono de advertencia.

—¿Por qué no? ¿Cuántas vidas se han perdido ya por los enfrentamientos entre nuestros reinos y cuántas se seguirán perdiendo? En cuanto el periodo de paz termine, volveremos a la guerra, la provoque uno u otro. Yo solo quiero acabar con este derramamiento de sangre continuo.

—Los surastenses son viles y engreídos, ¡jamás lo permitiré! —sentenció él.

—Pero, padre —insistí—, mi matrimonio con la princesa Gabriela traería verdadera paz y prosperidad a ambos reinos.

—¡Mi sangre jamás se mezclará con la de los surastenses! —seguía oponiéndose.

—Madre —intenté conseguir una aliada para persuadir a mi padre—, tú sabes lo que se sufre en la guerra, sabes lo que sufren las madres de nuestros soldados porque también lo has sufrido ¿No quieres que ninguna madre más sufra por la causa de la guerra entre Nortana y Surasta?

—Eidan, eres mi único hijo y lo último que querría es perderte en otra guerra, pero, ¿cómo permitir que te cases con la hija del responsable de la muerte de tu hermano?—respondió ella.

—En la guerra todos somos responsables, y de hecho fuimos nosotros quienes empezamos ésta cuando atacamos los territorios surastenses. —No me di por vencido.

—¡Eidan, ya basta! —concluyó mi padre.

Me mordí el labio con fuerza para no replicar, no estaba teniendo éxito mi propuesta, pero no me rendiría, tan solo esperaría a reunir más argumentos con los que convencerlos.

—De todas formas —prosiguió hablando mi padre—, aunque nos convencieras a nosotros, el rey Guillermo jamás te entregaría la mano de su hija.

Lamentablemente, era cierto que convencer al rey Guillermo no sería fácil, puede que incluso más difícil que convencer a mis padres, pero estaba dispuesto a intentarlo cuando llegara el momento y tuviera el beneplácito de mis padres para pedir la mano de Gabriela.

Si había algo por lo que merecía la pena luchar no era un puñado de tierras o una absurda rivalidad, era el amor. Y mi amor por Gabriela sería mi fuerza para llevar la paz a Nortana y Surasta.

Eidan se arriesgó mucho al venir a verme, pero por suerte logró escapar sin que descubrieran quién era. Mi padre estaba convencido de que era un espía nortano que quería robar la flauta, pero como seguía estando en nuestro poder le convencí para no tomar represalias.

Al día siguiente de que se firmara el tratado de paz, ambos ejércitos recogieron para marcharse de vuelta a sus respectivos reinos. Yo esperé ansiosa alguna noticia de Eidán, me prometió que volveríamos a estar juntos, pero parecía una promesa que le iba a costar cumplir.

Cuando abandoné la llanura a lomos de mi yegua, sentía como si estuviera abandonando una parte de mí, una que le había dejado a Eidán. No hacíamos otra cosa más que encontrarnos para luego despedirnos, y cada adiós me partía el corazón como si estuviera hecho de cristal.

Durante el trayecto de vuelta al castillo, permanecí absorta en mis pensamientos. El recuerdo de Eidán me acompañaba de manera reconfortante y dolorosa a la vez, intentaba encontrar la forma de estar juntos. Ambos éramos príncipes de nuestros reinos, deberíamos poder entablar una paz perpetua entre ellos, eliminar las fronteras que nos separaban, pero nuestros padres tenían la última palabra.

Pasó un año, en el que la esperanza de volver a verle competía con la desesperación de la distancia. Había leído muchos poemas de amor, pero sentirlo era muy diferente, era dulce, pero también amargo. Sin embargo, la llama de la esperanza avivó en mi interior, con más brillo que nunca, cuando llegó una carta nortana en la cual el príncipe Eidán pedía a mi padre asistir a nuestro castillo para reunirse con él.

Naturalmente, insistí a mi padre en que aceptara bajo el pretexto de averiguar lo que tramaban. Intenté disimular mi ilusión, pero me fue bastante difícil. Mi familia notó la alegría que había en mí tras estar un año alicaída, pero conseguí esquivar sus preguntas. Al fin llegó con el sol de primavera la promesa de un futuro, y el carroaje de Eidán paró ante las puertas del castillo.

Esperé junto a mi padre y mi hermano Roberto en el salón del trono a que llegase. Respiré hondo para calmar mis nervios por volver a verle tras un año, había cumplido su promesa. Cuando las puertas se abrieron, pude verle por fin, estaba vestido con ropas formales de color azul, y tan guapo y elegante como recordaba. Me lanzó una fugaz mirada que decía «te quiero» acompañada de una sonrisa y yo le sonréi de vuelta, después se centró en mi padre e hizo una reverencia antes de empezar a hablar.

—Saludos, rey Guillermo, muchas gracias por permitirme venir a veros.

—Saludos, príncipe Eidán, espero que el viaje os haya ido bien —dijo mi padre cortésmente.

—Así es, gracias —respondió.

—¿Y qué asunto tan importante traéis para que discutamos? —preguntó mi padre.

—Pues traigo una petición de paz.

—Ya tenemos paz —interrumpió mi hermano.

—La paz del papel no dura igual, el papel se rompe, la paz que yo os pido durará por generaciones, es la reconciliación de nuestros respectivos reinos.

—¡Hablad claro! —exigió mi padre.

—Vengo a pediros la mano de vuestra hija en matrimonio —logró que no le temblara la voz al decirlo, pero noté que estaba muy nervioso por dentro.

—¡¿Cómo?! —exclamó Roberto.

—Perdonad, creo que no os he oído bien —dijo mi padre sorprendido.

Yo me contuve para no gritar: «¡Sí!».

—Quiero casarme con vuestra hija, nuestro matrimonio pondría definitivamente fin a las hostilidades entre nuestros reinos, no más guerras y no más muertes —respondió Eidan.

—¡No! Jamás permitiré que un nortano se case con mi hija —respondió mi padre.

—Padre... —dije cautelosamente para protestar.

—Ahora no, Gabriela —me advirtió.

—Rey Guillermo, creo que no estáis contemplando las ventajas que este acuerdo traería a nuestros reinos, a ambos —intentó persuadirlo Eidan.

—Si eso es todo lo que tenéis que decir, ya podéis regresar a Nortana, y me sorprende que el rey Mírrel os apoye en esta locura —dijo mi padre poniéndose en pie.

Sin duda, Eidan no debió de tenerlo fácil para convencer a su padre, pero yo no estaba dispuesta a permitir que mi padre se interpusiera, encontraría el modo de convencerlo.

—En un primer momento a mi padre tampoco le convencía esta alianza, pero ha comprendido las ventajas que traería. No os neguéis, por favor —pidió Eidan.

—Yo no concedo favores, ¡retíraos!

—¡Padre, escuchadle! —exclamé.

—¿De verdad estarías dispuesta a casarte con un nortano? —me preguntó mi padre—Si cada vez que pienso en orquestar una alianza con amigos de verdad, no como las serpientes nortanas, empiezas a poner objeciones hasta que me rindo.

—Esta no es como aquellas veces —respondí.

Esta vez había amor, y además pondríamos fin a un conflicto que llevaba demasiado tiempo llenando de odio nuestros reinos.

—Ciento, esta vez es con un nortano, hijo del que ordenó atacar nuestras tierras, que luchó en la misma guerra en la que murió nuestro hermano —intervino Roberto.

—Si algo puede acabar con el odio, es el amor —insistí.

—¿De verdad podrías amar a un nortano? —preguntó mi hermano incrédulo.

—Ya le amo —respondí.

Cuando confesé aquello no estaba pensando en lo que decía, tan solo en que debía convencer a mi padre de permitir nuestro matrimonio. No quería tener que explicar todo lo que ocurrió en nuestro viaje, pero confesar aquello era como lanzarme a un foso de cocodrilos.

—¿Qué has dicho? —preguntó mi padre. Su voz no revelaba ninguna emoción, era como si no supiera qué sentir: sorpresa, ira, decepción.

—Que quiero casarme con él.

—¡Estás loca! —dijo mi hermano.

—¡Tú, márchate ahora mismo y déjanos solos! —le espetó mi padre a Eidan sin cortesía alguna. Su rostro se estaba enrojeciendo y la ira se palpaba peligrosamente, no quería ver a mi padre enfadado, pero el amor que sentía me daba el valor de enfrentarme a él.

—No me iré hasta que digáis que me concedéis su mano —respondió él intentando mantener la calma.

—Padre, esto es lo que quiero. Si queréis que sea feliz, aceptad —supliqué.

—Gabriela, son nuestros enemigos —me insistió.

—Solo porque nosotros queremos que lo sean.

Mi padre dio media vuelta y abandonó la sala con paso firme. Confié en que no seguir gritándome furioso fuese una señal de que lo estaba reconsiderando y se marchaba a pensar a solas. Aunque era una débil esperanza.

—Pero bueno, ¿a ti qué te pasa? —me preguntó mi hermano cogiéndome del brazo.

—¿Qué hay de malo en que quiera casarme y tener paz verdadera con Nortana? —respondí.

—Pues eso, que es Nortana —dijo él.

—Yo solo quiero lo mejor para nuestros reinos, prometo que cuidaré de Gabriela—intervino Eidan acercándose a nosotros.

—Sé sincero, os da miedo que cuando acabe la tregua os ataquemos con el poder de la flauta mística —le espetó Roberto.

—No es eso, yo solo busco acabar con la enemistad —respondió.

—¡Sí, claro! —se rió.

—Sabe que la flauta no nos funciona —dijo. Quizá fuese un error confesárselo, pero algo tenía que decir, si lograba convencerle de que dejase a un lado el rencor, quizá podríamos convencer juntos a nuestro padre.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó incrédulo mi hermano.

—Porque yo se lo dije —respondí.

—¿¡Qué!?

—Y lo hice porque le amo y sé que puedo confiar en él.

—Pero si no le conoces.

—Le conocí, durante mi viaje en busca de la flauta mística, al principio no tenía ni idea de quién era y nos ayudamos mutuamente sin saber que en realidad perseguíamos el mismo objetivo.

—¡Y ahora lo dices! —exclamó, se echó hacia atrás soltándose y se encaró a Eidan—¿Y tú qué tienes que decir?

—Lo que dice Gabriela es cierto, nos conocimos sin saber quién era el otro y me enamoré de ella. Yo solo quiero estar con ella y acabar con el odio —respondió.

—Ya veréis cuando nuestro padre se entere —dijo.

—No tiene por qué saberlo si tú no se lo dices. Escucha, sé un buen hermano y ayúdame a convencerle de que permita el matrimonio —le dije.

—¿En serio?

—Por favor, Roberto —le pedí con cariño.

Apartó la mirada de mí, pero al cabo de un rato suspiró y dijo:

—Haced lo que queráis, no os apoyaré, pero no me interpondré.

—Gracias —respondí, parecía que no iba a conseguir mucho más de él.

—Muchísimas gracias —dijo Eidan.

—No me las deis, todavía os queda convencer a padre.

Efectivamente, todavía quedaba lo más difícil, pero esperaba que sin la oposición de mi hermano, mi padre estuviera más dispuesto a escucharme. Fui a buscarle, dejando a Eidan a solas con Roberto, no estaba segura de si Roberto empezaría a discutir en cuanto me fuera, pero confiaba en que Eidan podría lidiar con él.

Encontré a mi padre en su habitación, con la puerta entreabierta, mirando un retrato de mi madre, como si esperara que su espíritu le dijera qué hacer. Llamé y entré con cuidado.

—Lo que siempre hemos querido es vuestra felicidad, la tuya y la de tus hermanos—murmuró.

—Esto es lo que me hace feliz —dije con cautela.

Suspiró, y tras unos instantes de silencio terminó asintiendo. Llena de alegría lo abracé y le di las gracias, seguro que se preguntaba a qué se debía mi entusiasmo, pero no le dije nada y sencillamente disfruté de la expectativa de estar junto a mi amado Eidan.

Tras numerosas discusiones y negociaciones sobre lo que el enlace supondría para ambos reinos, Eidan y yo nos pudimos casar. Fue en un radiante día de verano, en el jardín del castillo nortano, decorado con hermosas flores exóticas de climas más fríos, rodeado por frondosos pinos y abetos. Eidan vestía un elegante traje azul con adornos dorados y una banda celeste cruzada, mientras que yo llevaba un lindo vestido color crema con flores rosas y azules bordadas, además de una diadema de oro con hojas labradas que sujetaba mi velo.

Estaba tan feliz aquel día, que la guerra parecía lejana e incluso pensé que podría haber hecho sonar la flauta mística. En verdad, aquel objeto no era un arma de guerra, sino un instrumento de paz.

Cuando el sol se estaba poniendo en el rosado horizonte ambos nos besamos sellando nuestra unión y la paz entre Nortana y Surasta.